

CAPÍTULO V.

CRISTÓBAL COLÓN ESCRIBE Á LOS REYES UNA CARTA QUE NO PUEDE HACERLES LLEGAR SINO POR MILAGRO.—CONFIANDO DIEGO MÉNDEZ EN LA PROTECCION QUE DIOS CONCEDE Á SU AMO, SE ENCARGA DE LLEVARLA.—AYÚDALE MILAGROSAMENTE LA PROVIDENCIA, Y PASA FINALMENTE Á LA ESPAÑOLA EN UN BOTE DE SALVAJES, AL TRAVES DE ESPANTOSOS PELIGROS.—ESE VIAJE ES VERDADERAMENTE MILAGROSO.—LOS HERMANOS PORRAS TRAMAN UNA CONJURACION CONTRA EL ALMIRANTE, SU BIENHECHOR.—ÚNENSELES LOS MARINOS DE SEVILLA.—LOS CONJURADOS EJECUTAN SU PROYECTO.—SU BUEN ÉXITO.

§ I.

La magnificencia del sitio, su comodidad, la abundancia de los viveres, las disposiciones amistosas de los insulares no podían, sin embargo, engañar la perspicaz prevision del Almirante. Conocía la versatilidad de ánimo de los salvajes y su profundo disimulo. Aquellas hordas que ahora les socorrian, podían mañana serles enemigas. Colon había ya podido juzgar dos veces distintas cuáles eran sus disposiciones belicosas (1). Poseían importantes escuadrillas de canoas. Érales fácil reducir á hambre en sus pontones á los náufragos, ó hacerles morir quemados con sus buques. Las tripulaciones, extenuadas por las indecibles fatigas de la navegacion, parecían faltas de toda energia. Ni podía poner á flote las carabelas, ni construir otras en su reemplazo, ni quedaban tampoco bastantes obreros para tal empresa; todos los carpinteros de ribera habían muerto en la funesta jornada del 6 de abril.

Cristóbal Colon era de esta manera náufrago sin tempestad; no estaba ni en mar ni en tierra; expuesto á la proximidad de la playa, y privado de los recursos de las olas; entregado á la inmovilidad y á la impotencia: posicion dolorosa, porque no tenia salida! ¿Cómo había de obtener auxilio? ¿Por dónde y por quién

(1) En su segundo viaje, cuando llegó á Jamáica, ántes y después de su exploracion de la costa meridional de Cuba.

haría saber á la reina su descubrimiento de las minas de oro de Veragua y la existencia de un mar inexplorado allende el nuevo continente? El Almirante no tenía ya ni lancha ni embarcación que pudiera probar el viaje desde Jamáica á la Española por cuarenta leguas de un mar irascible y contra la fuerza de las corrientes y de los vientos del Este, que á menudo obligan á un buque perfectamente equipado á más de un mes de lucha constante. Colon estaba triste á causa de aquella posición casi humillante para el vencedor del MAR TENEBROSO; triste por su larga privación de los sacramentos de la Iglesia (1) y de los consuelos espirituales; triste, sobre todo, porque aquel destierro ignorado, cuyo término era indefinido, iba á retardar también el rescate de los Santos Lugares, por el que suspiraba tanto su piedad.

En medio de las dificultades de esta situación que tenían perplejo su ánimo, escribió á los Reyes Católicos el resumen de su exploración, pidiéndoles su auxilio, y que le sacasen de aquellos sitios á él y á sus tripulaciones.

Parecerá cosa muy rara que Colon preparara una carta, á pesar de la imposibilidad de hacerla llegar á su destino; ningún otro hombre en semejante posición habría concebido aquella idea; porque el medio de remitirla no estaba en lo natural de la humanidad. Por esto, y por muy acostumbrado que estuviera Colon á las bondades de su Divina Majestad, decía al escribir su carta á los Reyes, que si la recibían, sería por un milagro (2).

Y efectivamente, por un milagro llegó á sus manos.

Esta carta, mucho tiempo olvidada, aunque antiguamente fué impresa en España (3), metió mucho ruido entre los sabios sesenta y ocho años atrás. Ocupáronse de ella Venecia, Bassano, Pisa, Florencia, Génova, Turin, Milan, Pavia, Roma y Paris. El sabio Morelli, bibliotecario en Venecia, la hizo reimprimir, acompañada con notas, bajo el título de: LETTERA RARISSIMA.

Esta carta no es ménos notable bajo el concepto de los hechos marítimos que bajo el de los descubrimientos, y á causa de los acontecimientos referidos lo mismo que de las observaciones recogidas. Saca especialmente un raro interés de las críticas circunstancias en las que la escribió Colon, y de su modo de enviarla

(1) «Y tan apartado de los santos sacramentos de la santa Iglesia que se olvidará desta ánima si se aparta acá del cuerpo.»—Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, escrita desde Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(2) «Envío esta carta por medio y mano de los indios, y será un milagro si llega.»—*Cuarto viaje de Cristóbal Colon.*—Traducción de los señores de Verneuil y de la Roquette, miembros de la Academia real española de historia.

(3) Fernando Colon asegura que esta carta fué impresa. Leon Pinelo dice en su BIBLIOTECA OCCIDENTAL que esta carta fué impresa en tamaño en 4.º; el original había pasado á poder de Don Lorenzo Ramirez de Prado, y el impreso se vendía en la librería de Juan de Saldierna. En Italia, la tradujo Constanzo Bainera, y se imprimió en Venecia, el año 1505, mientras aún vivía Colon. El caballero Morelli le dió una nueva existencia en 1810, reimprimiéndola bajo el nombre de LETTERA RARISSIMA.

más asombroso aún. Á decir verdad, este documento no es ni una carta, ni un informe, ni una relación de viaje: es una comunicación del Almirante á los Reyes Católicos.

Á la siempre noble sencillez del Almirante se añade aquí una ternura superior y sobrehumana que parece la suprema consagración de la virtud por la desgracia. Como todos los escritos de Colon, lleva éste el sello de la abundancia y espontaneidad; solamente el poder del genio se hace superior en él á la sublimidad del cristiano en medio de las extremas tribulaciones. No obstante, parece que Colon no desahoga ya en esta carta su amor á la creación. Diríase que adivinaba que una pluma ajena á estos sentimientos, la de su implacable enemigo Fonseca, había de ser la encargada de contestarle; diríase que quería librar de toda profanación la confianza de sus apasionadas contemplaciones de la Naturaleza y de su inagotable entusiasmo por las bellezas de la creación. En sus palabras se trasluce un sentimiento de desaliento, pero no causado por el abatimiento ni por la edad: el hombre de altas aspiraciones no duda ni de la Providencia, ni de sí mismo; pero parece prever que, quebrantada por los pesares la salud de la reina, serán abandonados á los consejeros de Fernando los negocios de las Indias. En su consecuencia, calla, vela ó abrevia ciertos pormenores; tiene reservas de corazón y de religioso desahogo. Como jefe de una empresa cristiana, conoce que sus palabras serán juzgadas solamente según el mundo, por el espíritu mundano, con los rigores de la secreta enemistad y el desfavor de las prevenciones públicas.

Refiere en primer lugar el Almirante los padecimientos é inauditos trabajos de aquella navegación. Anuncia la existencia del Océano allende la tierra descubierta, señala las minas de oro de Veragua y de las comarcas adyacentes, extiéndose particularmente acerca de ese hallazgo, que sabe es el único objeto de los deseos del rey, y dice: «Hago más caso de este negocio de las minas de esta tierra que de todo cuanto hay hecho en las Indias (1).»

Ántes de hablar de sí mismo, se ocupa en la necesidad que tienen las tripulaciones, de sus pagas atrasadas; llama sobre ellas la atención y el interés de los Reyes, y asegura que nunca habrá nadie traído mejores noticias á España. Las privaciones de esos hombres que sirvieron y sufrieron tanto, le recuerda que los que abandonaron la colonia, huyendo del trabajo y calumniando su administración, habían recibido empleos, lo que es, dice un ejemplo perjudicial. Esa falta de justicia le trae á la memoria la falta de celo por el rescate del Santo Sepulcro, pensamiento constante de toda su vida. Por dignidad cristiana parece que no

(1) Cristóbal Colon. — «Yo tengo en más esta negociación y minas con esta escala y señorío, que todo lo otro que está hecho en las Indias.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

quiere volver á hablar de un proyecto sacrificado ya por la ambicion de Fernando á inciertos engrandecimientos en Italia. Ni llama ya por su nombre á ese negocio, no lo nombra por lo muy sabido que lo tienen los Reyes; pero su pensamiento, nutrido diariamente con el pan de la Sagrada Escritura, se lo expone en la forma de una figura bíblica. Á los Santos Lugares, esperando su rescate, le dá la imágen del mismo Salvador, esperando con los brazos abiertos, durante todo el día, al pueblo incrédulo (1). «El otro negocio más importante, dice, continúa con los brazos abiertos llamando: hasta ahora se le ha tenido por extranjero (2).»

Digamos de paso que los biógrafos de Colon no han advertido esta magnífica imágen, evidentemente inspirada por el príncipe de los profetas, Isaías; y ninguno de ellos ha comprendido su sentido. Los sabios editores y traductores de la LETTERA RARISSIMA no han tenido ni en Francia, ni en Italia la más mínima idea de su significacion; ni unos ni otros han conocido tampoco cuál era ese negocio tan importante que con los brazos abiertos, esperaba siempre, llamándolo en vano (3).

Á continuacion de esta idea que no quiere profanar exponiéndola á los frios desdenes ó á los eternos aplazamientos de la Corte, comprendiendo perfectamente Colon que le será preciso librar el Santo Sepulcro con sus solos recursos y sin el apoyo de Fernando, pide lo que se le debe, como la parte de Dios, y dice á los Reyes: «Es justo darle á Dios lo suyo;» como si su parte fuera la de la Iglesia. Reclama la restitution de sus bienes y honores, y el castigo de los que le han robado y calumniado. Obrando de esta manera, dice, «mostrarán Vuestras Altezas muy grande virtud y dejarán á España un grande ejemplo y gloriosa memoria de príncipes justos y agradecidos (4).»

Aunque su razon y equidad están igualmente indignados que su corazon por la manera como se habían recompensado sus servicios, no se dejan entrever en su

(1) «Expandi manus meas tota die ad populum incredulum qui graditur in via non bona post cogitationes suas.»—Isaías, cap. LXV.

(2) «El otro negocio famosísimo está con los brazos abiertos llamando: extranjero ha sido fasta hora.»—Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(3) Siendo completamente ininteligible para los traductores la figura recordada por Colon, han abandonado con demasiada tranquilidad el texto á su oscuridad supuesta, y se han recreado dándole una traduccion fantástica. Así es que los traductores franceses del texto original señores Verneuil y de la Roquette, académicos ambos de Madrid, han interpretado ese pasaje de esta manera: «El otro negocio, muy importante, exige que uno se ocupe continuamente en él, pero hasta ahora no se ha pensado en hacerlo.» Méenos molestia se ha tomado aún el traductor de la LETTERA RARISSIMA, y traduce así al italiano este pasaje: «En qué se fundan mis enemigos, se atreven á echarme en cara que soy extranjero?»—Preciso es convenir en que este género de traduccion no está conforme con la verdad; y que, por consiguiente, es censurable. Pero realmente, y hablando con toda la buena fé, los traductores de los dos textos no tenían la menor idea del sentido de las palabras de Colon, por lo muy ajeno que es su espíritu de su naturaleza religiosa.

(4) Cristóbal Colon. — «Y quedará á la España gloriosa memoria con la de Vuestras Altezas de agradecidos y justos príncipes.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

queja ni reticencias amargas, ni rencorosas ironías; hasta se disculpa de haber despertado recuerdos que hubiera querido sepultar en el silencio; pero la enormidad de la injusticia y exceso de la ingratitud cometidas contra él, le enternecen y teme por su propia suerte. El carácter épico de sus desgracias, la gigantesca poesia de sus tribulaciones, la iniquidad que sufre, seguramente la más incomparable despues de la de los judíos para con el Salvador, le trasportan más allá de la época, y colocándose en el punto de vista de la posteridad, deplora el destino mortal que le aguarda, exclamando: «Hasta aquí he llorado á otros; ahora, téngame el cielo misericordia, y llore la tierra por mí!... llore por mí quien ame la caridad, la verdad y la justicia (1)!» No convida Colon á llorar por él á Castilla, ó Europa, sino al Globo entero que él ha descubierto: «llore la tierra por mí!»

¿Qué mortal se atrevió jamás á usar semejante lenguaje? La sublimidad de ese duelo corresponde á su infortunio sin ejemplo. ¿Qué poeta, qué profeta, qué héroe del Evangelio, hablando de sí mismo, tuvo más poderosa valentía de imágenes y revistió de mayor majestad el acento que inflamaba su corazon? Verdaderamente se conoce aquí con mucha exactitud que «el estilo es el hombre:» la grandeza, la sencillez, la tristeza y la valentía se encuentran aquí naturalmente armonizadas como una sola vibracion del alma. «El descuido con que está escrita esta carta, dice el ilustre Humboldt, esa rara mezcla de fuerza y debilidad, de orgullo y de tierna humildad nos inician, por decirlo así, en los secretos y luchas interiores de la grande alma de Colon (2).»

Escribiendo el Almirante esta carta, anunciaba que la enviaría por medio de los indios. Efectivamente, piratas aventureros se arriesgaban á veces con sus canoas á recorrer largas distancias, siguiendo ciertas corrientes y haciendo escala en diversas costas; pero ninguno de ellos era bastante insensato, bastante desprendido de su vida para querer ir directamente de Jamáica á Haití, yendo de frente contra las corrientes y los continuos vientos de Este. Ningun indio habria querido, á ningun precio, probar lo imposible, y ensayar sus pagayas contra una corriente de cuarenta leguas de ancho, con viento aproado casi constantemente.

No hubo mensajero que llevara la carta.

Mejor que nadie se daba cuenta el Almirante de las dificultades y peligros. Conocía muy bien la imposibilidad de salvar cuarenta leguas de mar, contra las corrientes y los vientos en las débiles embarcaciones de los salvajes. El empen-

(1) Cristóbal Colon. — «Yo he llorado fasta aquí á otros: haya misericordia agora el Cielo, y llore por mí la Tierra... llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia.»—*Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(2) Humboldt, *Historia de la geografía del Nuevo Continente*, tom. III, seccion II, pág. 239.